

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO

FILOSOFIA

Y

LETRAS

*REVISTA DE LA FACULTAD
DE FILOSOFIA Y LETRAS*

23

JULIO-SEPTIEMBRE

1946

IMPRESA UNIVERSITARIA

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO

Rector:

DR SALVADOR ZUBIRÁN

Secretario General:

LIC. JOSÉ RIVERA PÉREZ CAMPOS

FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS

Director:

DR. SAMUEL RAMOS

FILOSOFIA Y LETRAS

REVISTA DE LA FACULTAD DE
FILOSOFÍA Y LETRAS DE LA
UNIVERSIDAD N. DE MÉXICO.

PUBLICACION TRIMESTRAL

FUNDADOR:

Eduardo García Máynez

DIRECTOR:

Agustín Yáñez

Correspondencia y canje a Ribera de San Cosme 71.
México, D. F.

Subscripción:

Anual (4 números)

En el país \$7.00

Exterior dls. 2.00

Número suelto \$2.00

Número atrasado \$3.00

Sumario

FILOSOFIA

	Págs.
Juan David García Bacca	11
<i>La posición histórica de Leibniz en la fundamentación filosófica y científica del cálculo infinitesimal</i>	
Antonio Gómez Robledo	45
<i>Vitoria, comentador de Santo Tomás</i>	
Justino Fernández	65
<i>Goya contemporáneo</i>	
Julio Torri	99
<i>Recuerdos de Pedro Henríquez Ureña</i>	
Oswaldo Robles	103
<i>El movimiento filosófico neoescolástico en México.</i>	
Lota M. Spell	131
<i>Nuevos datos sobre el primer chantre de la Catedral de México.</i>	
Leopoldo Zea	137
<i>Iberoamérica en su etapa de normalidad filosófica.</i>	

PRESENCIAS Y ACTIVIDADES

Rafael Heliodoro Valle	147
<i>Entrevista con Samuel Ramos</i>	

RESEÑAS BIBLIOGRAFICAS

	Págs.
Juan Hernández Luna	2 <i>Exclusivas del Hombre. La Mano y el Tiempo.</i> (J. Gaos.) 155
Leopoldo Zea	<i>La filosofía en el Brasil.</i> (A. Gómez Robledo.) 162
Leopoldo Zea	<i>El pensamiento europeo en el siglo XVIII.</i> (P. Hazard.) 166
Rafael Heliodoro Valle	<i>Los hombres que dispersó la danza.</i> (A. Henestrosa.) 168
Antonio Acevedo Escobedo	<i>La "Colección de Escritores Mexicanos".</i> (Ed. Porrúa.) 169
Justino Fernández	<i>Autobiografía.</i> (J. C. Orozco.) 172
Agustín Millares Carlo	<i>Francisco Cervantes de Salazar and Eugenio Manzananas.</i> (G. R. G. Conway.) 177
Víctor Rico González	<i>Sociología del Renacimiento.</i> (A. von Martin.) 179
Emilio Uranga	<i>Civilización y enfermedad.</i> (E. H. Sigerist.) 180
Luis García Romero	<i>Cultura y personalidad.</i> (R. Linton.) 182
Noticias de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México	185
Notas y noticias de América	191
Publicaciones recibidas	201

RECUERDOS DE PEDRO HENRIQUEZ UREÑA

Le traté por largo tiempo y fui uno de sus amigos íntimos en dos épocas en que vivió en México. La segunda lo frecuenté menos; así que estos recuerdos se refieren a la primera, y acaso a la mejor versión del crítico dominicano.

* * *

Era de una bondad inagotable. Este me parece uno de sus rasgos característicos. A menudo ocurrían sus amigos a leerle manuscritos y a consultarle aún en horas que todos dedicamos al sueño. Medio dormido, vencido por el cansancio, pero siempre benévolo y cordial, aprobaba o hacía objeciones, entre ronquidos. Si el desconsiderado amenazaba con irse y volver al siguiente día, Pedro aclaraba, siempre con los párpados cerrados y entre dos sueños: —Sigue leyendo, no estoy dormido.

Por una larga temporada acudía a despertarlo uno de tantos jóvenes discípulos. Llegaba a las seis o las siete de la mañana, cuando Pedro a veces acababa de acostarse. Así emprendían juntos la lectura de la *Ética* de Spinoza, mientras que yo, que por entonces vivía en la misma casa, me encaminaba a la Facultad, a escuchar al Maestro D. Julio García o D. Victoriano Pimentel, insignes jurisperitos.

* * *

Otro rasgo suyo era su inteligencia clarísima, de primer orden. Cuando me daba algún consejo o me comunicaba alguna observación útil, le hacía yo sonreír; agradeciéndolo con un verso de Boileau:

L'amitié d'un critique est un bienfait des dieux.

* * *

Era muy aficionado a formar por pasatiempo listas: de los veintisiete nombres de la aristocracia intelectual de España; de los nueve o diez (no recuerdo bien) de las gentes de más valer espiritual en México; los veinticinco libros esenciales de la literatura hispanoamericana; las cien poesías mejores de la lírica mexicana... Cuántas veces, de sobremesa, nos entregábamos a este juego en que lucía él su saber y su certero juicio.

* * *

Con su infinita paciencia para soportar toda clase de importunos y molestias se revelaba en él una especie de santidad laica, más bien de tipo protestante que católico. En una ocasión un Ministro del Gabinete obtuvo del Presidente de la República el cese de su modesto empleo en la Secretaría de la Universidad y de sus cátedras. Antonio Caso, Alfonso Reyes y yo le llevamos la noticia a la antigua Escuela de Altos Estudios, donde a la sazón disertaba sobre alguna comedia shakesperiana. Lo llamamos aparte unos instantes, y le hicimos saber exabrupto la injusticia de que se le hacía víctima. Quedó impertérrito. Hizo un vago gesto de "ya me lo esperaba" o de "todo sea por Dios" y prosiguió su clase risueño y alentado. Caso, muy conmovido, dijo refiriéndose al Ministro, malqueriente de Pedro, esta frase o alguna parecida, según recuerdo: — Debía contrarrestar con intuiciones sus pasiones violentas.

* * *

Henríquez Ureña era la sociabilidad misma. Nadie gozaba como él de los problemáticos placeres que procuran las reuniones y tertulias. Allá por 1910 solíamos pasar juntos algunas impagables horas los que cultivábamos las letras y el estudio: dos o tres veces por semana con Caso; algún domingo por la tarde en casa de Isidro Fabela; una que otra mañana en la de Luis G. Urbina, que mientras se vestía iba pausadamente afirmando conceptos profundos. A ninguno de estos *symposia* fué ajena la contagiosa cordialidad de Henríquez Ureña, como no lo fué tampoco a la fundación

del Ateneo de la Juventud. Las sesiones de éste eran semanarias, los miércoles, en un salón de la Facultad de Jurisprudencia que nos proporcionaba el excelente Don Pablo Macedo. Cenábamos después en alguna fonda a la moda, Bach o el León de Oro. Hablaban de todo, con sabiduría y finura espiritual, nuestros malogrados amigos Ricardo Gómez Robelo, Rafael López, Jesús T. Acevedo, Eduardo Colín y Mariano Silva; y otros que todavía son la honra y prez de nuestra intelectualidad como Alfonso Cravioto, Angel Zárraga, José Vasconcelos, Alfonso Reyes, el Doctor González Martínez, Carlos González Peña y Martín Luis Guzmán. Entre tan competentes hombres de letras y nobles ingenios, Pedro intervenía en la conversación para mantenerla en su tensión y brillo, para llevarla a temas interesantes, para evitar que se despeñara por el derrumbadero de lo meramente anecdótico y trivial.

* * *

A las veladas de la biblioteca de Antonio Caso me llevaba Pedro de cuando en cuando. Allí encontré siempre a mis amigos, José Vasconcelos y Alfonso Reyes, y se trataron temas filosóficos. Una vez se hablaba del *Fedón* y de los argumentos de Sócrates sobre la inmortalidad del alma. Pedro parece que la sostuvo también, sólo que el alma después de nuestra muerte aligeraba su lastre y se veía libre de lo individual; y su inmortalidad era de una suetre de que no podemos en esta existencia formarnos cabal idea. Otra noche se trató de si el Universo tiene un centro; Vasconcelos opinó que sí, pero he olvidado sus razones. Otro día se habló de Don Justo Sierra, y Caso exaltó sus cualidades críticas. Nos leyó al efecto el excelente prólogo de Don Justo a las poesías de Gutiérrez Nájera. Leímos también esa noche uno de los últimos discursos del gran historiador y maestro.

* * *

Su larga permanencia en Estados Unidos y su saber de literaturas nórdicas habían engendrado en él cierto despegó por Roma y Francia. Precisamente su espíritu evolucionaba en los años en que le traté a una comprensión mejor de la Latinidad y de las culturas fundamentales del Mediterráneo. Ni Anatole France ni los simbolistas le atraían por entonces,

así como una de sus limitaciones —inevitables en todo gran espíritu como el suyo— eran Cicerón y Horacio. Esto se aprecia más que en él, en sus amigos y discípulos.

* * *

Pedro era muy hábil en dirigir a los jóvenes y en despertar en ellos anhelos de mejoramiento intelectual. Todo el mundo estudiaba y se cultivaba a su alrededor. Después de conversar con él, aceleraba uno el ritmo de sus lecturas y volvía a su sotabanco lleno de nuevas curiosidades y proyectos intelectuales. Ejecutaba habitualmente este milagro Henríquez Ureña.

* * *

Vivía entre sus discípulos —es necesario confesarlo— en un mundo de pasión. Naturalmente que si estábamos incluídos en las “listas” del Maestro y habíamos obtenido implícitamente su aprobación nos sentíamos con la celebridad en el bolsillo. Pero si se nos omitía —sus omisiones eran desgraciadamente siempre deliberadas y cuidadosamente establecidas— se enfurecía el suprimido y se convertía en virulento detractor. Cerca de sí no había sino devotos o maldicientes. Lo mejor era situarse a cierta distancia.

* * *

Pedro representó entre nosotros, y en una época decisiva para la cultura del país, la seriedad de la carrera literaria, la aspiración a un saber de primera mano, la afición por las letras clásicas, por lo griego y por lo español sobre todo. Sus escritos, con serlo tanto, son menos valiosos que su influencia personal en la juventud de hacia el segundo decenio de este siglo.

JULIO TORRI